

# eñe

**Arturo Pérez-Reverte Gustavo Martín Garzo  
Fogwill Mercedes Cebrián Antonio Colinas  
Ganadores del premio Cosecha Eñe 2014**



Nº39 - PVP 9€



**39 | Sangre nueva**

A close-up portrait of Arturo Pérez-Reverte, a man with a beard and mustache, looking slightly to the left. The image is monochromatic with a blue tint. The text is overlaid on the image.

**Conversación**

---

**Arturo  
Pérez-Reverte**

POR ANTONIO LUCAS

**Arturo Pérez-Reverte (Cartagena, 1951) gasta una energía anfetamínica. Tira de una parla entusiasta y se arrima por igual a los pormenores de la escritura y al furtivismo de saber andar sin ser notado en algún hotel de alguna ciudad donde se cumple alguna guerra.**

Mantiene intacta la curiosidad de aquel joven reportero del diario *Pueblo*, galeón de papel (según Raúl del Pozo) donde convivían pícaros y bohemios que amaban sin límites esta «puta profesión», capaces de vender a su madre por mojar en portada. Pérez-Reverte viene de aquel «Mayflower» de la calle Huertas de Madrid. Y se le nota. Se apasiona y se cabrea en la misma conversación varias veces. No tiene ni dios ni amo. Pero tampoco a eso le da demasiada importancia. «Sé lo que digo. Y cómo lo digo. Pero no tiene ningún mérito. Yo tengo para comer todos los días», se excusa. Pero lo dice.

Es uno de los escritores de mayor éxito de ventas. Algunos críticos le han dado duro. Pero nada lo detiene. Está en la literatura con un punto de pasión y otro de desafío. Disimula lo primero y aventaja lo segundo. Pero tiene algo en el hablar, en el recuerdo de sus lecturas escogidas y en el calambre con el que se refiere a su escritura un grado alto de entusiasmo. A los sesenta y dos años, más de treinta libros publicados y con novela casi rematada

revisa el oficio de la literatura y el del periodismo. En su caso: la vida tal cual. Afectos y desafectos. Acordes y desacuerdos.

Contesta cada pregunta *pronunciando* hasta las comas. Trae una ironía dinamitera bien puntuada. El académico responde y mira de frente con los ojos fuertes, sin perder la corrección ni en la soflama. Suelta sentencias observándose las manos mientras estruja un papel. Es el único signo aparente de concentración que exterioriza. No parece necesitar más. Siquiera esos lentos chupitos de vino blanco que mezcla con una copa en la que vuelca agua para un pastillón efervescente. Estamos bajo la cúpula de Hotel Palace de Madrid, donde los camareros le paran a cada rato con un abrazo y un ejemplar por firmar. A todos los saluda por el nombre. No tiene arrogancia, pero sí ese punto de tipo duro que mira cada rato con las córneas al modo de un gran angular, como cuando estaba en algún lugar remoto durmiendo con los ojos sin cerrar, por si había que echar a correr sin mirar atrás.

Ya en la «edad del reposo», mantiene alto el mentón, la cabeza pelada, la perilla de corsario y la voluntad hirviente de quien ya no teme casi nada y lo dice de verdad. A él ya solo le interesa saber que hay semanas en las que recoge cabos y sale a navegar, como un nauta con catalejo. Como un náufrago por estrenar.

### **¿Cómo es hoy tu relación con la literatura?**

No es fácil de responder... Lo habría hecho con más soltura hace quince años. Soy un escritor profesional, no un artista. Y es importante ser consciente de eso. Cuando eres un escritor profesional y eres consciente de que tu vida es hacer novelas, una y otra, y otra, escribir se convierte en una forma de vida. No me refiero, tan solo, a una forma de vida en lo económico (que también), sino a una actitud. No hay línea que separe la actividad literaria y la vital. Todo aquello que vives, lees, crees o imaginas va a la cazuela en la cual se cuece tu existencia.

### **Así que vives la literatura como un profesional del oficio, como un hombre de oficina.**

Sin duda. Yo escribo todos los días, como el que va al trabajo. Y cuando no escribo pienso en lo que voy a escribir. Excepto si salgo a navegar.

El mar resetea la cabeza y es un gran bálsamo... Pero a lo que vamos: para mí la literatura no es un acto trascendente, ni estético, ni sublime. Es, sobre todo, una manera de vivir.

### **¿Y cómo ha cambiado tu relación con ella desde *El húsar*, la primera novela?**

En eso hay un hecho fundamental que lo explica bien: principalmente soy un lector. Un lector voraz que accidentalmente escribe novelas. Mi problema de ahora es que ya no soy un lector inocente. Me siento como un relojero que a fuerza de hacer relojes ya no ve la hora, sino la mecánica del aparato. A mí me sucede algo así, cada vez leo más con una voluntad analítica. Así que el placer de la lectura inocente lo he perdido. Esa hipersensibilidad lectora que pone toda la atención en la estructura y la técnica de un libro perturba mucho el placer normal de la lectura. Por eso estoy dejando de leer novela, porque me impongo inconscientemente una actividad involuntaria de análisis técnico que me incomoda.

### **¿Y no buscas remedio?**

Claro, lo tengo. Acudir a los clásicos griegos y latinos. Y a la Historia. Con ellos no tengo problema... Y aún me queda un novelista al que leo con inocencia: Joseph Conrad.

**¿Por qué Conrad?**

Porque hay autores a los que dejas atrás cuando crees que ya te dieron lo que les pedías. He sido un fanático de Dumas, de Stendhal, de Scott Fitzgerald, de Balzac, de Dickens, de Mann, de Dostoievski, de Galdós... Son mis referentes más sólidos. Pero ya casi no los leo, quizá porque los exprimí sin tregua. Sin embargo, Conrad envejece conmigo. Y lo considero un motivo de fortuna. Cada vez que me acerco a él encuentro

estaba haciendo *El húsar*, mi primera novela. Ahora sé más, pero la pasión es semejante. Aunque tengo claro que quienes hacemos hoy literatura somos cada vez más prescindibles.

**¿Seguro?**

Estoy convencido. Quienes hoy escribimos novelas mantenemos la nostalgia y la ilusión de los que se niegan a bajar del barco de los piratas y son ya los últimos a bordo.

**«Los novelistas del siglo XXI escribimos para perdedores»**

algo que me vale para mi vida o para mi literatura. Me ofrece seguir creyendo en la escritura como botín de guerra, como zurrón donde ir echando la propia vida. Llevo leyendo desde que tenía siete años. Mi biblioteca, que ronda los treinta mil volúmenes, me ha dado algunas de las grandes satisfacciones de mi vida, pero a cierta edad uno selecciona con más rigor y es consciente de que son cada vez menos los autores que te acompañan mientras te haces viejo.

**¿Y como novelista te has cansado?**

No. No. No. A mí escribir me entusiasma del mismo modo y con la misma intensidad que cuando

Escribimos para perdedores. Somos los artesanos que aún hacen algo para los pocos raros que las reclaman. Estamos manteniendo un arte extinguido para un público en extinción. Si yo fuera un joven escritor haría guiones para series de televisión. El futuro de la narración es la televisión o los videojuegos. Dentro de unos cincuenta años serán otros soportes, otras formas y otras referencias las que darán contorno a la literatura. Las referencias de los escritores de mi siglo no son las de la mayoría de la sociedad. Se ha dado una desconexión de mundos. Ahora se le exige muy poco al lector. Y eso, antes o después, va en detrimento de

la literatura. Todo aquello que nutre la gran narrativa de nuestro siglo está desapareciendo. Y si lo necesario es una novela banal, para eso no hacen falta escritores sino pelagatos dispuestos a satisfacer.

**El panorama, como lo dibujas, es desalentador...**

Pero hay que ser consciente de ello. El problema es que hemos huido de la palabra Cultura. A mí me quedan de vida unos veinte años. Vivo en

otros, muy pocos, se acercan a calentarse. ¡Además, si ya está todo escrito!

**Esa sospecha está ahí desde hace mil años...**

Ahora es mucho peor, porque nos estamos quedando sin referentes inmediatos. Vamos a ver, te resumiré mis tres caladeros principales: autores griegos y latinos, que son nuestra madre; los escritores del siglo XVII, que nos dieron la fastuosa herramienta del mejor idioma; y, por último, la

«**Quiénes hacemos hoy literatura  
somos cada vez más prescindibles**»

mi mundo, pero consciente de que dentro de veinte años nadie preguntará por Pérez-Reverte. Ni puta falta que hace.

**Es decir, no hay deseo de trascender.** Yo hablo de mí. El deseo de trascender, que era legítimo, comprensible y posible no hace tanto tiempo, ahora no lo es.

**¿Para nadie?**

Bueno, los que ya están ahí seguirán hasta el final. Pienso en Homero, en Virgilio, en Dante, en Cervantes... Pero nosotros, pequeños peones de brega, estamos manteniendo nuestra mediocre y humilde brasa en la que

gran novela de finales del XIX. Los escritores que no tengan eso claro se pueden ir despidiendo. Mis novelas no quieren inventar nada, sino actualizar aquello que más me interesa. No aspiro a ser un genio ni a una obra maestra. Y así me ha ido bien.

**Sin embargo, tus novelas van ganando en complejidad.**

Pues eso es algo que me molesta mucho. No quiero hacer novelas complejas... Yo he visto arder Sarajevo. He visto a reinas de la fiesta prostituirse de un día para otro por un paquete de cigarrillos. O a los más duros del lugar suplicando que no les maten. Lo he visto. Nadie me lo ha contado.

Y eso hay que narrarlo tal como es. No es necesaria la trascendencia ni la complejidad. Al lector con el que establezco una complicidad le basta con el guiño. Entre los dos existe un código común. Yo querría escribir como cuando hice *El club Dumas* o *La tabla de Flandes*, sin complicarme la vida. Novelas divertidas, con tramas sencillas... Pero es cierto que aquellos libros tenían poco de mí, de mi vida, de lo que había visto y vivido, aunque sí había en ellas mucho de lo que había leído. Y como no se vive ni se escribe impunemente, al final la mirada personal aflora. Y de ahí sale *El pintor de batallas*, mi mejor novela, porque mis experiencias empiezan a salir. Y eso es lo que hace que el artefacto sea más complejo.

### **¿Y por qué no seguir investigando por esa senda?**

Porque ya he demostrado que sé hacerlo.

### **Entonces no eres un escritor tan accidental.**

Mira, te diré algo que no he dicho nunca. Si he dicho durante años que era un escritor accidental es por joder a todos los solemnes de la literatura. A esos que caminan a dos palmos por encima del suelo. Que yo diga eso les jode mucho, así que he exagerado. Lo que sí es cierto es que

no tenía ambición literaria, no quería hacer carrera literaria, no aspiraba a ser un literato. A mí lo que me gustaba era ir por el mundo con mi mochila, aunque donde me crié literariamente fue en la biblioteca de mi padre. Allí aprendí de gente muy diversa. Desde Balzac a Jean Lartéguy. Este último me influyó mucho. Fue un periodista que escribía novelas de acción. Tuve la oportunidad de conocerlo. Y como detalle, en el conflicto más duro que he vivido en mi vida, en Eritrea, lo que llevaba conmigo eran *Las vidas paralelas* de Plutarco.

### **Ese desafío contra la «solemnidad» te generó enemigos, claro.**

Irremediablemente. Y lo asumí. Nunca he sido un timorato. He recibido los problemas a portagayola. Me he metido mucho con Benet y los «benetianos», por ejemplo. Pero eso no impide que uno de mis mejores amigos sea Javier Marías, que era del círculo más cercano a Benet. Lo que quería era tener una actitud clara. Una postura. Sin miedo a los santos, a los que por cierto he leído. Es que yo viví aquella época, mediados de los años ochenta, cuando se consideraba una de las obras maestras de la narrativa española un libro ilegible como *Larva*, de Julián Ríos. Como yo no vivía de esto podía decir lo

que me diera la gana... Y luego, cuando comencé a ganarme bien la vida con mis libros, no dejé de decir lo que pensaba.

### **¿De qué te ha salvado la literatura?**

Más que salvar, diría que me ha consolado. Tengo la ventaja de que soy un tipo psicológicamente muy estable: en el mar, en la guerra, en el éxito, en la vida... No tengo ni grandes problemas ni grandes tentaciones. Tuve una vida movida y llena de cosas antes de la literatura. No soy hombres de abismos: ni físicos, ni psicológicos, ni sentimentales. Nunca he necesitado una terapia. Pero es cierto que quien camina, aun sin querer, deja muertos. Lo que sí me ha quedado de todas las guerras e infiernos en los que he estado como periodista es un terrible concepto de la condición humana. Creo que los niños y los perros es lo único salvable, y los niños crecen... En todo esto, la literatura ha sido mi analgésico. Cuestiones como la vejez, la decadencia o la melancolía se alivian convertidas en literatura. Eso me ayuda para afrontar el camino de salida. Sin dramatismos. Estoy aprendiendo a morir, sin prisas, sin agobios, pero aprendiendo. He visto morir a mucha gente y de maneras muy distintas. Unos resignados, otros desesperados, con las

tripas fuera, con las tripas dentro... Y de eso aprendí que la serenidad es el don máspreciado. Saber que has cumplido el ciclo, que has dejado los amigos imprescindibles, las mujeres que te llorarán (al menos hasta que llegue el siguiente hombre...). Insisto, serenidad. Lo malo de las agonías es que te hacen perder la compostura. Gente que ha sido íntegra toda su vida, en la agonía termina cagándola. A mí la literatura me ayuda a mantener esa serenidad. Cada vez que salía a hacer un reportaje siempre dejaba la habitación recogida y todo dispuesto por si lo tenían que enviar a España.

### **¿Te ha ayudado más la literatura que el periodismo?**

Es que yo no era un periodista vocacional. El periodismo ha sido para mí una herramienta. Yo era un joven que leía mucho y quería vivir algunas de esas cosas que leía. Decía Thomas Edward Lawrence que «todos los hombres sueñan, pero no de la misma forma. Los hay que sueñan desde los polvorientos recodos de su mente y se resignan a ello, por lo que al despertar saben que todo fue un sueño. Sin embargo, los que sueñan despiertos son peligrosos porque están haciendo realidad esos sueños». A veces hablo con Javier Marías sobre esto y hemos llegado



a una conclusión: leyendo los mismos libros, lo que nos diferencia es que él quería escribirlos y yo vivirlos. Por eso él es un escritor precoz y yo tardío. El periodismo me dio la opción de vivir aquello que leí. Yo quería marcha, chicas guapas, ser el capitán Haddock... Y para eso había que salir a buscarlo, quería ser amigo de los piratas, quería estar con John Silver. El periodismo fue mi barco, mi «Hispaniola». Aun así, insisto en que yo no soy un perio-

selección es muy perniciosa. Va en contra de la autoridad y el prestigio del periodismo. Eso es lo que puede matar este oficio, el aturdimiento. Además, ningún medio digital puede sustituir la potencia de los medios en papel. Eso sigue siendo así. Alguien dijo que internet es un analfabeto discutiendo la Teoría de la Relatividad. Y es exacto. En las redes sociales pesa más un gracioso ágrafo que lo que pueda afirmar (estés de acuerdo o no) un escritor

## «Estoy aprendiendo a morir, sin prisas, sin agobios, pero aprendiendo»

dista profesional, pero tuve la suerte de conocer el diario *Pueblo* como reportero y me codeé con los mejores en los rincones más peligrosos del mundo. Disfruté de la profesión, pero fue la consecuencia no buscada de querer estar a bordo.

### **¿Y te ha decepcionado mucho el oficio?**

Me decepcionan demasiados periodistas de ahora. El servilismo de los medios es atroz. Además, hay tal magma de información circulando que la gente se pierde. Es una estrategia perniciosa. Y tampoco existen firmas respetables que jerarquicen. La renuncia a ejercer esa labor de

como Mario Vargas Llosa. La orfandad a la que nos han condenado los hijos de puta de los empresarios de medios de comunicación, con la aquiescencia de buena parte de la tropa que trabaja para ellos (porque inevitablemente tienen que comer), genera una realidad perversa. El periodismo de hoy no me parece fiable.

### **Otro de tus demonios es esa «cierta forma de ser español»...**

Y no me ha generado muchos fans, la verdad. Este país tiene un problema histórico gravísimo. Y como la mayoría no conoce nuestra Historia es muy difícil remediarlo. El mayor inconveniente de España es la Iglesia

católica. El peso de la Iglesia, desde la Edad Media hasta hoy, nos marcó para mal. Tan reaccionaria, tan siniestra... Marcó comportamientos que han quedado: el miedo, la delación, la sospecha, la hipocresía... Ese ambiente de la Inquisición, esos obispos bendiciendo reyes y llevando bajo palio a dictadores nos cerró todas las puertas. Además, favoreció el analfabetismo. La tara que nos ha dejado es brutal. Somos incultos por culpa también de la acción de la Iglesia católica, no tengo duda. En mi próxima novela trato este asunto. Principalmente en el siglo XVIII, cuando vienen las ideas de las Luces y el nuevo pensamiento. La Iglesia es la que prohíbe en España los libros. Mientras en las universidades europeas se habla de Newton y Locke, aquí estamos hablando de si el Purgatorio es sólido, líquido o gaseoso. Así llegamos al siglo XX y XXI con taras históricas y una vileza ciudadana enorme, resultado de la profundísima incultura. Ahora el que es inculto es porque quiere. No hay excusa. Existe una gran cantidad de medios disponibles para enterarse de las cosas, para aprender. Por eso desprecio tanto al ignorante de hoy, a las malas bestias que embisten de puro animal. Esos, todos esos, no me despiertan ninguna compasión. Y es algo que llevo diciendo veinte

años, pero aun así no he perdido la fe en el ser humano. Aunque sí en su regeneración.

### **Estás muy cabreado...**

No. Estoy, como siempre, sarcástico. Yo vengo de esa tradición del siglo XVII. De Quevedo, al que no lee nadie cuando debería ser, en sí mismo, una asignatura obligatoria. Igual que Cervantes es quien mejor refleja la grandeza que es posible en el ser humano, Quevedo es el autor que mejor cuenta España. Alatríste, por ejemplo, viene de él.

### **¿Es que vuelve Alatríste?**

Volverá, aunque no sé cuándo.

